

Militancia y vida cotidiana

Antonio Calvo

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. El Acontecimiento. La vida está hecha de pequeñas cosas. Desde la cuna a la sepultura es una cascada incesante de sucesos que se nos viene encima, que nos abruma y nos lleva, a veces, por donde no queremos. No hemos elegido nacer, ni hacerlo entre sedas, o en un ambiente miserable; y no es posible dudar, por tanto, de que la vida se nos ofrece muy condicionada. Lo cotidiano difiere mucho de unos seres humanos a otros, tanto en lo vivido como en la manera de vivirlo. Al afirmar que la vida del hombre está hecha de las pequeñas cosas de cada día, es claro que nos importa saber, por tanto, cómo vivirlas. Sólo en presencia de las personas las cosas de cada día se convierten en acontecimientos. En los acontecimientos se nos hacen presentes los hombres con sus rostros concretos, por eso, un acontecimiento implica acogida, búsqueda y proyecto cuando se quiere vivir a la altura de la dignidad humana. Ser persona no es una casualidad o un automatismo. Es un don y una tarea que descubrimos y realizamos en camino hacia un ideal, por eso, como decía Cajal, el entendimiento alumbraba como las velas, derramando lágrimas, es decir, prestando la máxima atención a la vida diaria.

2. Somos personas. El hombre es un ser de ideales y de proyectos, es un caminante. Pero, para que el camino no sea un eterno retorno de lo mismo, un girar sin sentido, o un mero vegetar, es menester descubrir una razón a la existencia. El descubrimiento fundamental de la vida consiste en caer en la cuenta de que somos personas y extraer la consecuencias de ese hecho. Frecuentemente nos ocurre lo que cuenta Tony de Mello en esta parábola: «Un hombre se encontró un

huevo de águila. Se lo llevó y lo colocó en el nido de una gallina de corral. El aguilucho fue incubado y creció con la nidada de pollos.

Durante toda su vida el águila hizo lo mismo que hacían los pollos, pensando que era un pollo. Escarbaba la tierra en busca de gusanos e insectos, piando y cacareando. Incluso sacudía las alas y volaba unos cuantos metros por el aire al igual que los pollos. Después de todo ¿no es así como vuelan los pollos?

Pasaron los años y el águila se hizo vieja. Un día divisó muy por encima de ella, en el límpido cielo, una magnífica ave que flotaba elegante y majestuosamente por entre las corrientes de aire, moviendo apenas sus poderosas alas doradas.

La vieja águila miraba asombrada hacia arriba. ¿Qué es eso?, preguntó a una gallina que estaba junto a ella.

Es el águila, el rey de las aves, respondió la gallina. Pero no pienses en ello. Tú y yo somos diferentes de él.

De manera que el águila no volvió a pensar en ello. Y murió creyendo que era un águila de corral».

Mantenerse a flote y nadar contra corriente en un mundo a la baja no es fácil. «¡Qué difícil es, cuando todo baja, no bajar también!», decía Machado. Quizás porque la experiencia cotidiana está trezada más con los mimbres de la guerra que con los del amor. Quizás porque nosotros mismos nos descubrimos como un cántaro roto en cada momento de nuestro titubeante caminar. Tal vez por eso hemos abandonado la lucha, cultivamos el jardín privado si podemos tenerlo, y nos dedicamos al *carpe diem*.

De la idea que tenemos de nosotros mismos se alimenta nuestra acción, por eso es oportuno es-

bozar los grandes rasgos que pueden ayudarnos a vivir intensamente, personalmente, entre las cazuclas y la ropa sucia; entre las estrecheces del fin de mes o del mes entero; entre la rutina del empleo o la injusticia de no tenerlo; es vital que aprendamos a mirar con otros ojos las mismas cosas tantas veces vistas y que sepamos inventar las que nos hacen falta. *Lo importante de la vida está oculto a los ojos*, por eso, es imprescindible renunciar a una mirada positivista que sólo ve hechos, y habituarse a vivir lo que acontece con mirada de ojos renovados, niños, creadores, libres, limpios. En definitiva, con ojos de persona, un ser que se encuentra en la medida en que se entrega y acoge amorosamente a sí mismo y a los demás. Un ser que se descubre comunión.

Se trata de vivir intensamente lo cotidiano como personas. Recrear el mundo, personalizarlo, hacer de cada gesto, de cada acción, un acto de hombre. Militar es introducir la eternidad en el tiempo y en el espacio de cada momento, transformar las cosas de la vida y las relaciones entre los hombres con una profunda amistad. Sustituir la sospecha por la confianza y su máxima expresión, la esperanza; arrinconar la pereza y la indiferencia con el amor.

3. La persona se realiza en la conversión y en la revolución. La vida personal se vive, sobre todo, en la cotidianidad, por eso lo cotidiano es el lugar y el tiempo de la conversión y de la revolución que constituyen los dos momentos de la personalización.

Conversión. Es descubrir que nuestro ser personal no está al alcance de cualquier actitud. No es cosa que se aprenda en los libros o en la universidad, tampoco es cosa de sabios o algo que pueda comprarse con dinero. Para descubrirnos personas es necesario *ser humildes*, caer en la cuenta de la profunda unión que existe entre la verdad, el amor, la fe y la esperanza. La humildad es la verdad de nuestras relaciones con Dios y con los demás, así como con el mundo. Una verdad reconocida y realizada por el hombre entero que cierra así el paso al fanatismo en la medida en que se va haciendo verdadero a sí mismo al dejarse poseer por ella. La humildad es la actitud que nos hace

descubrir que la razón del hombre no está en sí mismo, y la que nos hace escuchar y reconocer la vocación a ser hombres, como una llamada a vivir la libertad como amor incondicional al otro hombre, a reconocer en la desposesión y en el servicio la mayor riqueza y plenitud humana, la que lleva a experimentar a Juan de Yépes la profunda verdad que encierran estos versos: «Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada». El dinamismo personal es un dinamismo de amor que busca la comunión entre los hombres. Una verdadera amistad. La conversión y la humildad es lo que impide a los hombres la idolatría, esclavitud que impide ir realizando la fraternidad.

Revolución. A la conversión que acontece en el interior del hombre corresponde una dimensión social e histórica que llamamos revolución. Consiste en la liberación de los esclavos y de sus esclavitudes objetivas; es la transformación de las estructuras sociales de manera que permitan el máximo desarrollo de las personas. Transmutar las relaciones de rivalidad y de guerra en una cultura de la paz, que impregne todos los espacios de la vida.

En el hombre, un ser que ha de hacerse en todo lo que hace, las cosas fundamentales de la vida son descubrimiento de un don y llamada a una tarea. Nada se nos exige que previamente no se nos haya dado. Se nos pide una respuesta de libertad que tiene en sí misma la experiencia inefable de la gratuidad, del sentido y de la realización humana. Una secuencia que, por experimentarse como vocación de amor y gratuidad, elimina el agobio de la tarea, ya que donde hay amor no hay temor, ni deber, sino experiencia de plenitud y de libertad.

4. Diálogo. Este doble movimiento de la conversión y de la revolución se va realizando en el verdadero caldo de cultivo de la persona que es el diálogo. El diálogo comienza por la escucha atenta de la llamada del otro, especialmente del más miserable. Es, en primer lugar, reconocimiento del otro y de su libertad. Hacerme prójimo y comenzar una amistad. Al escuchar al otro, supero la indiferencia y le doy crédito, le considero un interlocutor y me dejo enriquecer con su punto de vista. El misterio de la vida no puede ser abarcado ni por todas las perspectivas juntas de todos los hombres. Cada punto de vista es imprescindible y único. La experiencia

de cada ser humano es un relato vivo del misterio que nos envuelve. Con frecuencia, la convivencia está empobrecida y deteriorada porque las diferencias de perspectiva se consideran más como un motivo de enfrentamiento que de enriquecimiento mutuo, y se intenta evitar planteamientos que nos incomodan porque no son los nuestros. Es menester esforzarnos por dialogar, esta actitud supone no estar blindado en la relación con el otro, permanecer abierto y vulnerable a su palabra y a su vida, dejarnos modificar cuando sus razones sean válidas, intentar comprender su punto de vista. Dialogar es rechazar el fanatismo. Así pues, una persona es un ser de diálogo en sus dos formas fundamentales, *la soledad sonora*, diálogo interior donde nos enfrentamos con nuestra autenticidad reencontrada, y diálogo con los demás, donde convertimos la vida en una *revolución racionordial y transformadora de las estructuras*, en una verdadera amistad.

Esta conversión interior y esta revolución comunitaria se manifiestan en un *trabajo por la paz* en todos los niveles de la vida: persona, familia, barrio, ciudad, país, la entera humanidad y el entorno natural que nos acoge. La paz es devolver bien por mal y perdonar las ofensas y errores, propios y ajenos. La paz no es un estado, sino una tarea de pacificación permanente. Un paso ineludible en su camino es *hacer la justicia*, pero si la justicia no está fecundada por el amor no tarda en generar ella misma nuevas injusticias.

Por eso es menester recordar que no es la justicia lo que hace al hombre sino el amor. *El sábado es para el hombre* y no al revés. Para que el proceso inabarcable de personalización no se detenga hay que sobrepasar desde dentro la justicia que se ha convertido en legalismo y que termina por maniatar a los hombres. Sólo el amor nos hace libres, bien, lo saben esa muchedumbre de personas que sin cuota de pantalla ni consideración de noticia viven la vida en una cotidiana entrega junto a quien las necesita, compartiendo el dolor, la marginación, la pobreza, la incomprensión, siempre más allá de lo que el sentido común o la ley prescribe.

5. Somos creadores. Estamos convencidos con Ernesto Cardenal de que «la evolución de la materia ha sido hacia la vida y de la vida al pensamiento y del pensamiento hacia el amor». Pero también

estamos convencidos de que esto no es un proceso evolutivo automático. La evolución ha llegado con su dinamismo hasta el pensamiento, pero con él se inaugura la libertad y con la libertad el proyecto libre, de manera, que para bien y para mal, *la creación*, desde la existencia de la persona humana, de los seres libres, cuenta con nuestra acción para completarse. Ser creador no es un mero añadido en la definición del hombre, sino un constitutivo de su libertad. Realmente el mundo está en nuestras manos, y puesto que la acción del Creador es *crear creadores*, su acción no es sustituirnos o hacer a nuestro lado, sino *hacer que hagamos*, pero contando con nuestra acogida, de manera que lo que el Creador hace en la historia, lo hace «en» el hombre que obra por amor. Lo que los hombres no hacemos nadie lo va a hacer por nosotros.

Comprender lo que debemos hacer no es difícil, la dificultad está en vivir, porque exige el vuelo libre. Todos hablamos antes de saber la sintaxis de lo que decimos. De la misma manera, todos tenemos la experiencia de lo más hondo del hombre antes de saber analizar su gramática.

6. Amar al otro como a uno mismo. Vivir la vida cotidiana como personas, es decir, como individuos comunitarios, está al alcance de todos los hombres por ser hombres, es su privilegio y su tarea. Todos los hombres queremos que nos traten cariñosamente; que se preocupen de nosotros; que nos ayuden si lo necesitamos; que no nos utilicen; que nos escuchen y no nos traten con indiferencia; que nos perdonen los errores, incluso las ofensas; que nos dediquen tiempo; que confíen en nosotros y que esperen de nosotros...es una experiencia universal. Bien, pues exactamente esto mismo es lo que debemos hacer nosotros con los demás, sin esperar a que ellos lo hagan con nosotros. Esta simple regla: «*Ama al otro como a ti mismo*», cuya experiencia está al alcance de todos, constituye en sí misma, un programa completo y dinámico de lo que es hacerse persona, el único camino apropiado al ser personal que todos somos. Un ser que está llamado al amor y a la amistad, y que tantas veces se acomoda a vivir como una cosa, impersonalmente; y, para desconcierto de muchos en nuestros días, sin que esa vida se le aparezca a quien así la vive bajo el aspecto de una dimisión. ▲